RECUERDOS PROFUNDOS

Ensayo sobre el giro conservador en Chile.

CAMILO URRA OLIVERA

RECUERDOS PROFUNDOS.

Camilo Urra Olivera.

Urra Olivera Camilo.
RECUERDOS PROFUNDOS.

Gracias, Moni.

INDICE.

PRÓLOGO.

Escribimos este prólogo a horas del cambio de mando de Bachelet II a Piñera II. ¿Por qué este volver? ¿Por qué este retorno hacia afectividades derechistas? Las siguientes páginas contienen respuestas que no encontraremos en otros; una explicación que existe solo en la nebulosa de nuestra existencia.

Recuerdos traumáticos de un pueblo surgido de la guerra, maltrato histórico arraigado en el ADN de una población que prefiere un empresario en el poder que el caminar por un incierto camino de reformas sociales urgentes y necesarias. El autor de este agradable libro, utilizando este y otros argumentos, nos entrega una tercera mirada a la derrota de la izquierda en las últimas elecciones presidenciales, llamando acertadamente a este libro *Recuerdos Profundos.*

Lo que hace interesante leer este libro, es el hecho de que quien lo creó, no lo hizo desde la academia, no es un autor de oficina; es un profesor de aula de liceo público, investigador y curioso, que lo que sabe ha sido por ser un incansable lector y un testigo in situ de lo que dice. Diariamente el bus o el colectivo lo trasladan como miles de chilenos cotidianamente, es un sujeto del pueblo y desde allí sus análisis y conclusiones, que creemos serán compartidos por la mayoría de los que lean este bien trabajado texto.

Caminamos por senderos oscuros, donde la luz de las ideas alumbra solo a unos pocos, el costo de los libros e incluso lo complejo de estos, no permite que el *populus* pueda acceder a ellos ni económica ni culturalmente, la ilustración en Chile se ha alejado de los hogares, haciendo que la población se informe solo por los medios de comunicación y la conversación diaria. Por este motivo creemos que el aporte de este libro además de su contenido en sí, es su lenguaje, su profundidad y su extensión, es decir, está escrito para ser entendido simplemente, sin dejar de ser profundo y con una cantidad de páginas suficientes para abordar las tesis propuestas por su autor.

Hágase la luz y la luz se hizo. Invitamos a quienes leen este prólogo a leer las páginas que continúan, para entender y tener un visión más allá de lo electoralis-

ta o la interpretación sociocultural que los expertos han utilizado para explicar el triunfo de la derecha en las últimas elecciones. Invitamos posteriormente a la introspección, al cuestionamiento, a informarse y encender el debate.

Cristián Vargas Peralta.
Profesor de Historia y Ciencias Sociales.

INTRODUCCIÓN.

Quisiéramos comenzar con una confesión. Una, que al mismo tiempo será una liberación: Las letras inscritas en estas páginas están cargadas de subjetividad. Todo lo escrito aquí tiene la sombra de su autor. Cada párrafo, cada línea y cada letra tienen marcada nuestra presencia. Nuestra sensibilidad estará presente en cada momento de este libro. Es imposible zafar de nuestro propio *yo* y para ser honestos, no deseamos hacerlo. Por ello, todo lo que exteriorizamos aquí no es por ningún motivo, bajo ningún caso y de ninguna manera, un discurso científico, si es que se entiende por "científico" la desaparición o supresión de la figura del autor, y por ende, la disipación de todas sus subjetividades, presencias y sensibilidades.

Si tuviéramos que definir este pequeño libro diríamos que es un ensayo más o menos documentado que abusa de ciertos recursos discursivos para insta-

lar algunas tesis políticas. No hay más pretensión que esa, y por eso mismo, en este libro se dice lo que se dice y no más.

¿Y qué es lo que se dice aquí? A saber: Que la derrota política es una constante en la izquierda chilena. Que las explicaciones de estas derrotas han sido un terreno intelectualmente fecundo pero desatendido. Que estas explicaciones nos entregan valiosas lecciones, pero como no se les ha prestado suficiente atención, las derrotas políticas del progresismo son todavía recurrentes. Que un ejemplo de esto es la inquietante situación del Chile actual, colectivo humano alejado completamente del imaginario programático y proyectivo progresista. Que por lo mismo, la situación actual es la peor derrota política de todas. Que al igual que otras, ella también ha generado sus propias explicaciones. Que estas explicaciones han tenido un énfasis *electoralista* o *sociocultural*. Que ambas son loables, qué duda cabe, pero que la dimensión de la derrota las vuelve insuficientes. Que por ello, quisiéramos contribuir aquí con una tercera explicación. Y que todo ello nos obliga a recorrer algunos de los rincones más recónditos de la *memoria histórico-colectiva* de nuestros compatriotas, anotando sus recuerdos más profundos e indicando la estrecha relación entre su evocación y sus afectividades políticas. Se trata, entonces, de indagar en los recuerdos más profundos de nuestra sociedad

civil, reconociendo su carácter traumático –todos ellos están asociados con experiencias de este tipo- y demostrar cómo es que su evocación despierta disposiciones anímicas que influyen sobre las preferencias políticas de la ciudadanía.
Cabe destacar, que los recuerdos profundos que exploraremos y registraremos son esencialmente aquellos ligados a la guerra –fenómeno fundante y "refundante" de nuestro país- y sus consecuencias directas, aquello que llamamos *guerra social*, es decir, la pobreza histórica derivada del conflicto bélico, y aquellos ligados a la hacienda y su cultura –institución e imaginario omnipresentes durante toda la historia de Chile- y su correlato; la desigualdad radical entre vencedores y vencidos.

Este libro se compone de cuatro capítulos. En tres de ellos hacemos un recorrido por experiencias histórico-traumaticas almacenadas en la memoria colectiva, para luego dar cuenta de la forma en la que esos recuerdos fueron evocados, considerando los efectos anímicos de esa evocación y sus repercusiones políticas.
Tomando como punto de partida las conclusiones alcanzadas en los capítulos anteriores, en el cuarto capitulo presentaremos algunas sugerencias políticas dirigidas hacia aquellas sensibilidades progresistas actualmente derrotadas.

En cada uno de los capítulos de este ensayo el lector podrá encontrar guiños cómplices hacia la literatura, la poesía, la historia y también –aunque en menor grado- la sociología. Advertimos desde ya que nuestros conocimientos de estas disciplinas son bastante silvestres. A pesar de ello, esperamos que el lector justifique estas ignorancias recordando que este ensayo no es una investigación objetiva apoyada sobre la base de datos empíricos, sino más bien, el registro escrito de nuestras intuiciones históricas.

CON VOZ PROPIA.

Silencio. Luego, asombro. La derecha se imponía en unas elecciones presidenciales con aires de plebiscito. Y lo hacía con propiedad. Su capital electoral ascendía casi a los cuatro millones de votantes, algo pocas veces visto en la historia política contemporánea. Es que en nuestro país la derecha no suele triunfar de esta manera. En casi un siglo ha triunfado en menos de seis elecciones, incluyendo municipales, parlamentarias y presidenciales. Presenciábamos, entonces, un hecho extraño. Por eso, en cuestión de días y semanas se multiplicaron las explicaciones. Unos y otros buscaban revelar y comprender lo sucedido. Aquí y allá se esbozaron interpretaciones y se esgrimieron argumentos. Opinantes, comentaristas, expertos y no tan expertos; todos tenían algo que decir y lo dijeron. Las tribunas públicas quedaron atestadas de opinantes que exigían ser escuchados y tomados en cuenta y razón.

Avalancha informativa difícil de digerir. Quien quisiera formarse una opinión más o menos fundamentada de lo acontecido encontraria pocas posibilidades de lograrlo en un escenario como este. Para los ciudadanos fue bastante problemático enfrentar esta marea informativa. Y no solo para ellos; los investigadores también la vieron difícil. Agobiados por la excesiva cantidad de material varios descartaron enfrentarlo inmediatamente, prefiriendo esperar distancias intelectuales para poder navegar con tranquilidad por aquellos océanos. Otros, ansiosos por comprender lo sucedido –como quien escribe- se volcaron a la tarea de entregar cierta jerarquía, orden e inteligibilidad al material disponible, descubriendo en el proceso que la cantidad de explicaciones entregadas no se correspondía con una variedad de ellas. En realidad, y como es de suponer, hasta la fecha predominaban esencialmente dos. La primera, con un marcado carácter *electoralista*, explicaba lo acontecido haciendo una suerte de rastreo de los de "aciertos" políticos que permitieron el triunfo de Chile Vamos y de la seguidilla de "errores" que precipitaron la derrota del centro-izquierdismo. Esta explicación fue entonada principalmente por periodistas y cientistas políticos. Desde su lectura, la victoria de la alianza liberal-conservadora tendría relación con el "carisma" del candidato, con su buen manejo de medios, con su extraordinaria campaña

electoral, con el impecable trabajo realizado por sus asesores y por la disciplina y cohesión exhibida por sus partidarios. Por contraparte, la derrota del candidato oficialista seria explicable por su evidente inexperiencia, por su falta de elocuencia, por sus recurrentes ambages, por su poca precisión discursiva y-como omitirlo- por el constante "fuego amigo" que no solo lo habría debilitado como alternativa, sino que además, reflejaba la desunión –por no decir el canibalismo- de la coalición que lo respaldaba.

Sin duda, estos "maestros del presente", siempre expertos en la contingencia, entregaron interpretaciones plausibles y sugestivas pero que al carecer de profundidad histórica obviaban las *causas profundas* que determinan las decisiones electorales de la ciudadanía. La explicación electoralista divagó exclusivamente sobre los efectos políticos de superficie, prescindiendo de aquellos movimientos subterráneos que desde una perspectiva de larga o mediana duración, los determinan Quien ha criticado estos procedimientos es el historiador Gabriel Salazar:

> "Para los políticos, los periodistas y muchos ciudadanos desaprensivos, lo normal es observar el tiempo presente desde una *perspectiva de corta duración*. Desde el acontecer visible, audible y filmable. Desde ayer, o desde hoy. A través de los dimes y diretes de la cotidianidad. Es la ra-

> zón por la cual su toma de conciencia del presente encuentra dificultades para captar las transformaciones profundas –a menudo lentas y subterráneas- de la sociedad; por ejemplo, las *rupturas históricas* que, de tiempo en tiempo, producen cambios y tránsitos –escabrosos o disimulados- que llevan al género humano a pasar de una *época a otra*"[1]

Un segundo grupo se inclinó por una exegesis *socio-cultural*. Desde su mirada, serían los efectos del modelo económico, político y cultural impuesto durante la década de los 80', los que habrían minado el campo político tradicional de apoyo izquierdista o centroizquierdista. Si antiguamente el modelo estatal-centrista creaba cierto tipo de subjetividades civiles, en las que la ciudadanía estaba estrechamente ligada al mundo productivo y desde donde, además, se esbozaba una proyección hacia al resto de la sociedad, en la actualidad el modelo neoliberal también habría creado su propia subjetividad, pero esta vez ligada al consumo-consumista y *sin proyección social*. Demás está decir que la emergencia de esta novedosa forma de ciudadanía ya había sido revelada por varios intelectuales. Durante la década de los 90`, Tomas Moulian la definió como *ciudadanía credit-*

---

[1] Salazar, Gabriel. *La enervante levedad histórica de la clase política civil en chile*. (Chile, 1900, 1973) Santiago, Editorial Debate, año 2015, página 17.

card.[2] Otros, en sintonía con Moulian, pero también con ciertas distancias, escribieron sobre el *homus neoliberal* y su influencia dominante.[3] Al mismo tiempo, pero desde un enfoque un tanto distinto, algunos han retratado esta nueva subjetividad civil como *lumpenfascismo*[4]. Con cercanías o distancias, todos concuerdan en su carácter consumista y no proyectivo. Por lo mismo, actualmente la fusión liberal-conservadora tendría una mayor sintonía político-ideológica con ella. La creación de empleos –como medio para el consumo- la exigencia de mayor seguridad ciudadana –una defensa de la propiedad y el consumo- y el temor a la delincuencia, serían hoy por hoy las demandas más significativas dentro del imaginario de una ciudadanía ejercida por y para el neoliberalismo.

¿Cómo explicar entonces el mandato de Bachelet II y su programa de reformas sociales? Según el socioculturalismo, el programa político propuesto por Bachelet II no sería más que un "accidente" cuyo único mérito fue su incitación involuntaria al *sinceramiento civil*. Si en un primer momento el "malestar

---

2 Moulian, Tomas. *Chile actual.* Anatomía de un mito. Santiago, LOM Ediciones, año 1997.

3 Araujo y Martuccelli. *Desafíos comunes.* Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Santiago, LOM Ediciones, año 2016.

4 Oporto, Lucy. *Los perros andan sueltos*. Imágenes del posfascismo en Chile. Santiago, Editorial USACH, año 2015.

ciudadano" fue asociado con las clásicas exigencias de justicia social, durante el segundo gobierno de Bachelet quedó en evidencia que esto estaba muy lejos de ser así. En efecto, más que representar un anhelo social-reformista, este "malestar" no era más que un fastidio inofensivo contra los efectos no deseados del modelo neoliberal. Por lo tanto no sería, bajo ningún caso, la demanda de justicia social lo que estaría en el corazón del "clamor ciudadano", sino más bien, un tímido deseo regulador de los efectos abusivos de un sistema asumido, compartido y no cuestionado.

La explicación de carácter sociocultural lleva a cabo un valioso esfuerzo por desprenderse de lo cotidiano y elevarse por encima de la contingencia, buscando las raíces del comportamiento cívico en perspectivas de mayor grosor, prestando especial atención a los *efectos profundos* que han tenido él las transformaciones económicas, políticas y culturales desde la dictadura militar en adelante Esta explicación resulta interesante y sugerente. Es un hecho de que compartimos algunas de sus premisas fundamentales. Aunque, si bien podemos mantener buenas relaciones de vecindad -expresadas en una reciprocidad permanente de préstamos y auxilios teóricos- ella no logra abarcar la totalidad del fenómeno estudiado aquí: La exegesis *sociocultural* omite de su relato la importancia de la *memoria colectiva* y sus efectos sobre

la modernización neoliberal. A causa de esta omisión, las explicaciones socioculturales caen en una suerte de "determinismo", según el cual, la hegemonía neoliberal sería un hecho incuestionable e imbatible de una vez y para siempre.

En cambio, nosotros planteamos que si bien es cierto que el proceso de neoliberalización de los cuerpos y las vidas ha tenido un éxito bastante envidiable -constatable sobretodo en sectores de clase media-, estaría todavía muy lejos de poseer una hegemonía definitiva. Precisemos: El despliegue de esta modernización no se desarrolla sobre un terreno terso y liso que le permita avanzar despreocupadamente. Muy por el contrario, la memoria colectiva tiene un rol gravitante, ya sea obstruyéndola o vehiculizándola.

Ciertamente, esta *memoria colectiva*, es un verdadero almacén de recuerdos profundos constante y permanentemente disputado; ya sea como un cojín amortiguador en contra de esta modernización, como lo ha planteado Bengoa[5], o en el caso opuesto, como un *conducto facilitador* que le permite continuar su avance sin mayores tropiezos.

---

[5] Bengoa, José. *La comunidad reclamada*. Identidades, utopías y memorias en la sociedad chilena actual. Santiago, Editorial Catalonia, año 2009.

Esto último es lo que nos permite decir que la intervención compulsiva sobre la memoria colectiva es una herramienta política sumamente útil. Al ser empleada por sensibilidades contra-hegemónicas abre un vasto espacio de resistencia y oposición. Pero, de igual manera, al ser trabajada por adhesiones liberal/conservadoras, puede robustecer gradualmente la hegemonía dominante y con ello reducir al mínimo el marco de expresión y de acción de toda práctica progresista.
Este último es el caso que nos convoca aquí. Sostenemos que durante los últimos años la alianza liberal-conservadora intervino compulsivamente en la memoria colectiva de los chilenos. Una vez dentro de ella, trabajó específicamente sobre dos de sus recuerdos más profundos: la pobreza histórica y la desigualdad. Recuerdos altamente significativos que al ser evocados crean atmosferas anímicas que alejan a la sociedad civil del ideario progresista abrazado durante los primeros años de la última década y la reconducen hacia los afectos derechistas encabezados por Sebastián Piñera y Chile Vamos.

Quisiéramos fundamentar lo escrito hasta el momento con una visión panorámica del desarrollo de la triada *recuerdos-ánimos-política* durante la última década.

La performance política desarrollada por los movimientos sociales durante la contingencia 2011-2012, se convirtió en un potente estimulo emotivo que logró evocar recuerdos colectivos. En la memoria ciudadana aparecieron como un *flash back* imágenes del socialismo utópico, de la emergencia del movimiento popular, la lucha obrera, la solidaridad de clases, la vida comunitaria, la lucha contra la pobreza y la desigualdad y la búsqueda colectiva de la justicia social.

Son evocados los recuerdos profundos de una izquierda estrechamente ligada con el mundo social. Vuelve la música popular, la poesía, la pintura, el muralismo y las expresiones artísticas propias de la ciudadanía insumisa. Retornan incluso los olores, los sabores y las sensaciones. Los recuerdos latentes en rincones antes inaccesibles de la memoria colectiva emergen con fuerza y vitalidad hacia la superficie.

Como es de suponer, la evocación de estos recuerdos profundos favoreció la constitución de una atmosfera anímica congruente con el ideario recordado. Una parte considerable de la ciudadanía parecía salir del largo invierno post-dictatorial prolongado por más de 30 años y encaminarse hacia otro horizonte de convivencia social. Había cierto optimismo en el ambiente, cierto entusiasmo, cierta voluntad.

El despertar de estas disposiciones anímicas, contribuyó (parcialmente) el ascenso y la victoria de Bachelet II y su programa moderado (pero insólito dentro de la ideología concertacionista) de reformas sociales. Para los sectores más "progresistas" de la antigua concertación, el programa de Bachelet les permitía salir de su "marginalidad" y concretar un anhelo que solo por falta de fuerza política no se había hecho antes. Para otros, esta vez más pragmáticos, las moderadas reformas de Bachelet II -enfocadas adecuadamente- permitirían que en un futuro cercano se pudiera tensionar el legado pinochetista, y junto con ello, quebrar la jaula de hierro neoliberal. Desde esta mirada, ciertamente estratégica, la futura sociedad pos-neoliberal sería posible gracias al antecedente entregado por un gobierno neoconcertacionista debidamente encauzado e instrumentalizado. Confiados o no, todos aquellos que apoyaron el ascenso de la Nueva Mayoría compartían el optimismo y el entusiasmo ciudadano. Fue gracias a estos afectos políticos que Bachelet dio punta pie inicial a su segundo mandato.

No obstante, la oposición no se quedó atrás. Durante el mandato de Bachelet II ella gradualmente fue dando muestras públicas de su poder factico. Virtualmente dueña de los grandes medios de producción, la derecha controlaba también los medios de comunicación, piezas estratégicas para la produc-

ción del consenso ciudadano.[6] Además, por si fuera poco, la derecha reforzó sus redes al interior de la Iglesia Católica, las que le aseguraban cierta influencia cultural y moral, aunque decreciente, hay que precisarlo. La vieja frase allendista permitía esclarecer con claridad este escenario: se tenía el gobierno, es cierto, pero no el poder.

¡La desaceleración, la recesión, la inflación, el desempleo, la inseguridad; el caos social, en definitiva! -Todos *estos* gritos derechistas fueron las piedras angulares de su avanzada. Una estrategia lo suficientemente efectiva como para disputar la memoria colectiva y re-evocar *otros* recuerdos profundos, condicionando con ello los afectos y las preferencias políticas de la ciudadanía. Hay que precisar –y esta es una de las ideas principales de este ensayo- que la efectividad de la evocación derechista fue posible debido a que la memoria colectiva está saturada de recuerdos asociados con experiencias históricas traumáticas. La pobreza, la desigualdad y el fracaso político como constantes históricas y sus consecuencias –sus violentas consecuencias- no son jamás, y por ningún motivo, recuerdos periféricos dentro de ella. Por el contrario, estos recuerdos están sumamente vigentes en sus imaginarios colectivos. Por eso mismo, con la

---

[6] Chomsky, Noam. *La propaganda y la opinión pública*. Barcelona, Critica, 2002.

arremetida derechista y sus demostraciones de fuerza, emergen *otros recuerdos* pero esta vez asociados al trauma de un pasado doloroso, trágico y dramático. Su evocación despertó en la ciudadanía disposiciones anímicas como el miedo, la inseguridad, el pesimismo, y el escepticismo las que no tardaron en influir sobre sus afectos políticos.
Si en un primer momento los movimientos sociales evocaron recuerdos que contribuyeron a la creación de una atmosfera anímica favorable a las afecciones políticas reformistas y hasta emancipadoras, en un segundo momento la derecha realizó un trabajo evocativo similar aunque con mejores resultados, bastando solo con las demostraciones de su fuerza y su poder de facto para reparar la "grieta" anímica creada por los movimientos sociales. ¿El resultado? la derrota política del progresismo, la victoria de la alianza liberal-conservadora y un segundo aire para la modernización neoliberal en Chile.

Hasta el minuto hemos dado cuenta del impacto que produjo la victoria política de la derecha chilena. Una victoria maciza reflejada en una altísima votación. Luego, opinantes, interpretes, expertos y no tan expertos, entregaron sus explicaciones sobre este hecho peculiar. De todas las explicaciones elaboradas, dos fueron las más recurrentes: la explicación electoralista y la sociocultural. Ambas tuvieron

gran presencia en el espacio público. Pero, pese a sus indiscutibles virtudes, no lograron abarcar la complejidad del fenómeno que pretendían interpretar y explicar. Por eso, el vacío dejado por ambas permitió la emergencia de esta propuesta explicativa, basada principalmente en la relación existente entre los recuerdos profundos de la ciudadanía, las disposiciones anímicas desatadas gracias a su evocación y sus inevitables repercusiones políticas.

Complementando la exegesis electoralista y la sociocultural, el conocimiento de los recuerdos profundos de la ciudadanía -y su influencia sobre sus preferencias políticas- es un territorio fecundo para la interpretación y posterior explicación más satisfactoria de una situación política inquietante. A la vez, este enfoque presenta ciertos desafíos que el lector atento ya habrá adivinado; ¿Cómo recorrer esta memoria histórico-colectiva? ¿Cómo dar cuenta de los recuerdos profundos almacenados en ella? ¿Cómo desentrañar el trabajo evocativo ejercido sobre esos recuerdos? ¿Cómo dilucidar las disposiciones emotivas creadas por estas evocaciones? Digamos que es posible hacerlo de varias maneras. Algunos lo han hecho desde la poesía, otros desde la literatura, algunos desde la pintura y otros, como nosotros, desde una escritura medio histórica, medio poética. Esta elección la hemos hecho por varios motivos. Primero, nos permite descargar en estas páginas

nuestra propia subjetividad, alejándonos de toda pretensión científica o "experta". Segundo, nos libera para que, con toda libertad, demos rienda suelta a nuestras intuiciones y reflexiones. Tercero, nos permite ocupar con cierta flexibilidad los aportes de otros añadiendo uno propio: la historia. Cuarto, y no menos importante; en momentos en que el saber se ha privatizado en proyectos de investigación ultra-especializados y "expertos", la reivindicación del ensayo nos permite ir contra esta corriente, *descercando* los saberes, socializando las explicaciones y contribuyendo con ello, a la superación de la más adversa de las situaciones políticas, la actual.

POBREZA HISTORICA.
GUERRA SOCIAL.

Nuestro país es fruto de la tragedia bélica. Ella, nos ha acompañado desde nuestra infancia, pasando por nuestra tormentosa adolescencia, hasta el inicio de nuestra adultez. En efecto, Chile emerge desde una terrible guerra de invasión y conquista y desde allí en adelante su historia ha sido un recuento interminable de ellas. Así mismo lo plantea Mario Góngora en su ilustre *Ensayo:*

> "La imagen fundamental y primera que se tiene de Chile es que constituye, dentro del Imperio Español en las Indias, una frontera de guerra, una tierra de guerra. A esta consagran sus poemas épicos Ercilla y Pedro Oña. Góngora Marmolejo compara a Chile con la vaina de una espada"[7]

---

[7] Góngora, Mario. *Ensayo sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Editorial Universitaria, año 2011, página 63.

Asi sentenciará con seguridad el historiador. Pero no solo él. Con anterioridad, también Álvaro Jara estableció la importancia de la guerra para la conformación de nuestro país. Para él, el conflicto bélico era la clave interpretativa mayor del momento fundacional de Chile.[8] Y no solo los historiadores lo han sentenciado así. Incluso desde la poesía, algunos han demostrado la relevancia que tuvo la guerra para la constitución de nuestra sociedad. Sin ir más lejos, Armando Uribe establece que ella –junto con el aislamiento y las catástrofes naturales- es uno de los tres rasgos distintos de nuestra nación frente a otras del continente. Prueba de esto, es que nuestra primera experiencia en común es el conflicto militar: Uribe no titubea al relacionar la omnipresencia de la guerra con la conformación del carácter nacional. La tensión física y psicológica del pueblo chileno, la conocida brutalidad demostrada al continente entero en guerras posteriores, el culto a la fealdad y lo grotesco y por último, el rol puramente estético de las leyes junto con la ausencia de cualquier tipo de Estado de derecho, pueden ser entendidas a la luz

---

[8] Jara, Álvaro. *Guerra y Sociedad en Chile*. La transformación de la guerra de Arauco y la esclavitud de los indios. Santiago, Editorial Universitaria, año 1981.

del rol central que la guerra ha tenido en nuestra historia.[9]

Tantos historiadores como poetas concuerdan en el rol activo que tuvo la tragedia bélica en la fundación de Chile. Los primeros pasos de nuestro país tuvieron como correlato el conflicto militar. Desde allí en adelante la guerra ha sido una compañera inseparable en nuestro camino. Insistentemente se ha obstinado en seguir cada uno de nuestros pasos para no abandonarnos. No sería exagerado afirmar que este ha sido el más recurrente de los males que ha sufrido nuestro país.

Aunque no solo su frecuencia le permite ser protagonista de nuestra historia; también sus consecuencias.

Es que luego de la violencia y el castigo se alza siempre un vencedor, un perdedor, y el conflicto acaba. O al menos eso es lo que parece: En realidad, al final del conflicto emerge otra guerra pero ahora costeada y sufrida solo por el bando perdedor. Una *guerra social* silenciosa, pero mucho más efectiva en su flagelo y en su tormento.

¿Qué es exactamente esta *guerra social* a la que la guerra "épica" solo le sirve de antesala?; ella no es más

[9] Uribe, Armando. *El fantasma de Pinochet*. Conferencia dictada en la Universidad de la Soborna. Año 2000.

que la contracara dramática de todo conflicto "épico"; la pobreza histórica.
El heroísmo demostrado en los campos de batalla agota las páginas de los libros y la tinta de los tinteros. Pero una vez consumada la victoria y sufrida la derrota se extiende un manto de silencio sobre ellas, como si ya no hubiese nada que relatar. Los triunfadores acceden al poder, los derrotados aceptan honorablemente su destino y los muertos guardan silencio. ¿No hay más en este cuadro?
Coloquemos algunos ejemplos. En Chile, la Guerra de independencia se extendió por casi diez años. Este fue un enfrentamiento "épico" que tendría como corolario la obtención de nuestra anhelada emancipación. Se afirma que gracias a las "gloriosas" acciones político-militares de un puñado de próceres, habríamos ganado el derecho a hacer nuestro propio camino nacional con total autonomía.
Al margen de las valoraciones del conflicto –más ideológicos que históricas, por supuesto- el caso es que como consecuencia de él, nuestro país se sumergió en una profunda crisis económica y social cuyos estragos atormentaron a la plebe chilena por generaciones.
Otra guerra nacía desde el vientre de la primera.
Todo lo anterior se evidencia al considerar ciertas prácticas estratégicas empleadas durante y después

de la guerra. Una de las estrategias ocupadas en la Guerra de independencia consistía en quemar y arrasar los campos de cultivo para privar de alimentos al bando enemigo. Sin provisiones alimenticias – recordemos que la plebe luchaba por comida, no por ideales- las filas del enemigo no tenían motivos para continuar en una guerra que para ellos carecía de sentido. El problema se agravó cuando, transcurrido cierto tiempo, el desabastecimiento de provisiones producto de la quema de campos fue tal, que no solo mermó a los ejércitos –si es que podemos colocar ese nombre a grupos de pandillas campesinas que luchaban casi anárquicamente entre si- sino que se extendió al resto de la población ajena e indiferente al conflicto.

Es un hecho que el bing-bang republicano estuvo atravesado y marcado por las peores hambrunas que hemos padecido como pueblo. No obstante, la situación podía empeorar todavía más, puesto que, al quemar los campos no solo se destruían una fuente de abastecimiento importantísima para una economía de tipo agrícola-exportadora como la chilena, sino que también se dañaba la fuente de supervivencia principal para la mayoría de los plebeyos no enlistados. Trágicamente, la desocupación fue consustancial a la terrible hambruna que asolaba al país. Algunos testimonios de la época describen la situación en los siguientes términos:

> "Las jentes de todas clases i sexos pastan como brutos las yerbas del campo para nutrirse. Las playas de las costas están pobladas de esta clase de miserables, esperando que el mar arroje sus efluvios para alimentarse, i precaverse de la muerte. A vista de esta calamidad, no tenemos otros recursos que ocurrir a las piadosas i paternales entrañas de US., a fin de que se sirva dictar las providencias más activas i eficaces, relativas a la estraccion de granos que copiosamente abarcan los graneros de los monopolistas, que son bien conocidos, con cargo del reintegro, sin que para el pago se reserve ni aun lo que hai más sagrado, con respecto a que así lo exijen las críticas circunstancias de perecer a que nos han reducido los enemigos de nuestra sagrada libertad…"[10]

Esta situación creó un círculo vicioso funesto; sin campo de cultivo no hay provisiones, sin provisiones no hay empleos, sin empleos no hay provisiones. Romper este círculo fue una de las tareas más urgentes dentro de la agenda política de la elite criolla por los intereses económicos que estaban puestos en juego. Por ello, prontamente se pensó e im-

---

[10] Andrade, S. Obispo Concepción. *Informe remitido al Intendente de la ciudad, el General Ramón Freire*, 1822. En Letelier, V. (1889). Sesiones de los Cuerpos Legislativos de Chile, 1811-1845. Tomo VI. Santiago, imprenta Cervantes.

plementó la que era considerada la solución adecuada: La adopción del librecambismo económico-político, asumiendo todas las consecuencias sociales derivadas; La extracción compulsiva de recursos naturales y el primitivo deterioro medioambiental, y la sobre-explotación de la mano de obra y la embrionaria lucha de clases.

Como es de suponer, no todos los plebeyos estuvieron dispuestos a aceptar un trato de este tipo. Muchos de ellos desertaron de las filas militares/laborales sometidos a la voluntad sádica de los patrones. Como resultado, esta masa rebelde no tardó en abrazar actividades delictivas y criminales que aseguraran su sobrevivencia. El bandolerismo aparecía en el horizonte de la plebe como una opción más atractiva, productiva y digna que la cruda sobreexplotación a la que estaban siendo sometidos sus pares y su entorno natural. Por lo mismo, se masificaron los bandidos en los caminos rurales y en las periferias de las antiguas urbes. Ocultos tras sombras y matorrales acechaban carruajes y caravanas adueñándose de los víveres, vengándose de los patrones y ultrajando a sus damas. En poco tiempo, la violencia asociada con este fenómeno se extendía virulentamente por todo el país.

La forma en que la elite dirigente enfrentó esta situación no tiene nada de novedosa. Una vez más, y como tantas veces a lo largo de *su* historia de Chile,

ella optó por actuar exclusivamente sobre los efectos y no sobre sus causas: Se redoblaron las milicias rurales, se militarizó a los inquilinos y se convirtió a los sirvientes en las escoltas armadas de sus patrones. Todo muy estilo *Ventura,* los protagonistas del universo creado por José Donoso, en su *Casa de Campo*.

Ante la violencia nacida de la pobreza histórica, se respondía -¡vaya sorpresa!- con más violencia, pero esta vez apoyada y respaldada por la incipiente república. ¿Sera necesario exponer todas las atrocidades y crueldades cometidas durante esta *guerra social*? No lo creemos. Es suficiente con saber que las violencias fueron brutales, certeras y omnipresentes. Sangre corría por los campos del valle central. Hambre, dolor y sangre flagelaban al bajo pueblo chileno…

Pese a todo, la tragedia bélica no acabó aquí. Ella fue un mal recurrente durante todo el siglo XIX y también durante el siglo XX, aunque a veces con otros nombres. Una y otra vez, sin descanso y sin grandes variaciones, transitamos desde la guerra "épica" –incluimos aquí las matanzas obreras y también la dictadura militar- hasta la *guerra social*. El carácter repetitivo y frecuente de este drama nos conduce a considerarlo como una de las leyes más infaustas de nuestra historia. Tristemente, diferentes actores con distintos ropajes y dialectos, encarnaran

perpetuamente a los mismos personajes y reviven las mismas situaciones. Una tras otra se han sucedido las guerras en nuestro país. Una y otra vez desde el conflicto "épico" al social. Una y otra vez, como un certero péndulo histórico.

¿Cuál fue nuestra última guerra? La dictadura militar, por supuesto. Una acción programada, debidamente planificada y correctamente ejecutada contra un sector determinado de la población. Una gesta "épica", se nos decía y repetía hasta el cansancio desde las diferentes tribunas del poder. Una hazaña "refundacional" cuyo propósito era "recuperar el espíritu nacional", "reconciliarnos con nuestras raíces" y eliminar de paso a la "amenaza roja". Esta guerra llegó a su fin tras 17 años. A pesar de ello, y al igual que las anteriores, tras su muerte nació otra mayor. Era el turno de la *guerra social*.

> "Por el lado de los sectores populares la implementación del modelo económico ultra liberal ha condenado a millares a la cesantía y ha contribuido al empobrecimiento generalizado e incluso los trabajadores más organizados han visto limitadas sus posibilidades de presión por efecto de una completa reformulación de la legislación laboral que se encargó de liquidar –prácticamente- todas las conquistas sociales que

> antaño el movimiento obrero y popular consiguiera a costa de largas luchas”.[11]

La pobreza histórica sufrida por nuestros antepasados en los campos y en las periferias urbanas fue uno de los resultados más catastróficos de la dictadura.[12] Por todas partes se extendieron focos de miseria bajo la forma de campamentos o poblaciones. Aquí enfrentaron la miseria más cruda seres esqueléticos mermados por el hambre, acechados por las infecciones, las enfermedades y la depresión. Ranchos endebles donde durante el día el hambre flagelaba los cuerpos y donde por la noche la oscuridad y el frio los azotaban. Mientras los hombres eran consumidos por el juego y el alcohol, mujeres desnutridas, desdentadas y harapientas se hacían cargo de hordas de infantes sucios, malolientes y descalzos que gemían por agua y chillaban por comida.

Algunos sostienen que esta economía de catástrofe favoreció las solidaridades, fraternidades y empatías

---

[11] Garcés, Mario/ Maza, Gonzalo. *La explosión de las mayorías*. Protesta nacional: 1983-1984. Santiago, Editorial Graficas Andes, año 1985, página 10.

[12] Schkolnik, Mariana/Teitelboim, Berta. *Pobreza y desempleo en poblaciones*. La otra cara del modelo neoliberal. Programa de economía del trabajo. Academia humanismo cristiano. Año 1988.

distintivas de los sectores populares. Ese sería su lado idílico. Sin embargo, no es el único. En las oscuridades periféricas, se produjeron y reprodujeron prácticas delictivas, la prostitución, el alcoholismo y la drogadicción. No es exagerado afirmar que en esos rincones y callejones oscuros fue donde se llevó a cabo la degradación moral de la plebe chilena.

La pobreza como consecuencia directa de la guerra "épica" es una constante en la historia de Chile. Ella tiene una vigencia y una fortaleza histórica indiscutible. Su brutalidad dejó una huella imborrable en la *memoria histórico-colectiva* de los chilenos siendo los recuerdos profundos de esta antigua pobreza los que ocupan muchos de sus espacios de almacenamiento. Son recuerdos altamente significativos con una carga emocional muy potente. Por ello, si es que algún agente externo se lo propone, las remembranzas de esta pobreza podrán ser evocadas sin dificultades. Acceder a ellas y evocarlas es un trámite relativamente expedito, siendo sus resultados políticos –como lo han demostrado las últimas elecciones-sumamente provechosos.

Al ser este un recuerdo doloroso y traumático no es de extrañar que su evocación incite ciertas disposiciones anímicas, entre ellas; el miedo. Una disposición que inevitablemente causará estragos sobre los afectos políticos perjudicando las ambiciones de los

proyectos histórico-progresistas condenándolos al fracaso. Una política emancipadora, o a lo menos reformista, requiere la eliminación o reducción del miedo y sus derivados, favoreciendo el compromiso activo y la responsabilidad política. Es que los esfuerzos emancipadores son incompatibles con una sociedad civil temerosa, insegura y voluble ante la evocación del recuerdo traumático de la pobreza histórica.

Pero esto no es todo. La evocación de estos recuerdos no solo produce y reproduce miedo, sino que también despierta otras disposiciones anímicas; como la culpa, e incluso, también, por increíble que parezca, cierta gratitud. Disposiciones anímicas que nacen producto del inevitable contraste y comparación entre el ayer y el hoy. Es que el recuerdo profundo de la pobreza histórica padecida al interior de poblaciones y los campamentos, contrasta con un presente que al fin de cuentas es percibido como un relativo progreso. Frente al recuerdo de la *guerra social*, la actualidad se presenta como una evolución, como una modernización benigna que hay que conservar y preservar.

Nos guste o no, hay que reconocer que la economía "social de mercado" propuesta por los gobiernos de la concertación, materializada principalmente en la "política del chorreo", logró aminorar parcialmente

la crueldad de la miseria histórica.[13] Actualmente, el inframundo de pobreza radical y marginalidad que hemos descrito ha quedado reducido solo a focos específicos. Para nadie es un misterio que durante las últimas tres décadas los chilenos han experimentado una mejora relativa en sus condiciones de vida. La reducción de la antigua pobreza histórica es hoy por hoy un hecho tangible. Aquellos espacios sombríos donde la miseria se revelaba con toda ferocidad se encuentran, al día de hoy, en abierto retroceso.

Por eso, para una buena parte de la ciudadanía el propio presente es valorado como un progreso en comparación al pasado de sus antiguas generaciones. En su versión más extrema, este contraste suprimiría las simpatías progresistas facilitando el avance de la modernización neoliberal: La vida actual se exterioriza como un bien preciado que hay que agradecer, y por lo mismo, resguardar. Esto último, es una de las causas primerias del conservadurismo político tan propio de nuestra ciudadanía. Abrazar este afecto político le permite pagar la "deuda imaginaria" que creen haber contraído con sus desdichados ancestros, demostrar su agradecimiento por vivir una vida que ni en sueños ellos

[13] Araujo y Martuccelli. *Desafíos comunes.* Retrato de la sociedad chilena y sus individuos. Santiago, LOM Ediciones, año 2016.

pudieron vivir, e imaginar que esta "utopía" será permanente y quizás, eterna. Ya no hay dudas; las disposiciones anímicas que conducen a la ciudadanía a abrazar estos afectos políticos conservadores la llevaran también a juzgar las transformaciones sociales de forma negativa pues, eventualmente, podrían significar un retroceso histórico hacia los derroteros de la miseria vivida y sufrida por sus antepasados.

Hay que admitir que la evocación de estos recuerdos profundos fue realizada con bastante maestría por parte de la derecha, siendo uno de sus recursos discursivos predilectos la relación entre el *aumento de la cesantía* –producto de la instalación de políticas reformistas que alterarían el "correcto" funcionamiento del mercado- con una eventual "resurrección" de la pobreza histórica que la "buena" empleabilidad habría "eliminado". En la actualidad, la ciudadanía percibe que es exclusivamente desde el trabajo, y no desde la política, desde donde pueden superar y/o mantener las condiciones de existencia legadas por sus padres. Con pequeñas variaciones, el lema de que "el trabajo es la fuente de toda riqueza" está más vigente que nunca en el imaginario colectivo. El trabajo es apreciado como un medio eficaz para acceder al mundo del consumo, donde la pobreza se esfuma y reina la riqueza. Por ello, ante el chantaje del desempleo, los afectos ciudadanos se desplazan

desde el reformismo centro-izquierdista hacia el conservadurismo neoliberal convirtiéndose en lo que algunos han conceptualizado como "clases estabilizadoras".[14] Al respecto, Zizek observará.

> "(Las clases estabilizadoras son…) todos aquellos que están plenamente comprometidos con la perpetuidad del orden económico, político y social existente, la clase de todos aquellos, que, incluso cuando reclaman un cambio, lo hacen solo para llevar a cabo cambios que den como resultado un sistema más eficiente y aseguren que nada cambiará realmente. Esta es la clave de interpretación de los resultados electorales en los estados occidentales hoy en día.[15]

Por lo tanto, ya no más anhelos de justicia social –si es que eso fue lo que verdaderamente estaban en juego durante la contingencia 2011-2012- sino perfeccionamiento, mantención y aseguramiento del orden actual. Este punto es realmente importante como para tomarlo a la ligera puesto que contribuyó directamente con la avanzada derechista y su sólido triunfo. No es un misterio que la buena sintonía de la derecha con los sectores populares y medios, y su

---

14 Badiou, Alan/ Milner, Jean-Claude. *Controversia.* Dialogo sobre la política y la filosofía de nuestro tiempo. Barcelona, Edhasa, año 2014.

15 Zizek, Slajov. *Problemas en el paraíso.* Del fin de la historia al fin del capitalismo. Barcelona, Anagrama, año 2016. Página 69.

mayor capacidad de empatizar –o fingir hacerlo- con sus miedos como con sus anhelos. Esta habilidad le permite boicotear un gobierno reformista con éxito y a la postre, desplazarlo del poder con toda propiedad. La derecha se ha inmiscuido en un terreno que antiguamente era patrimonio exclusivo de sus adversarios apropiándose de una reivindicación política nacida desde los temores y los sueños del pueblo chileno, que antaño fuera una prioridad programática y proyectiva del progresismo chileno. Aunque a la izquierda liberal y posmoderna le cueste creerlo, hasta antes del Golpe de estado la reclamación del trabajo como derecho social fue permanentemente una reivindicación izquierdista –solo recordemos el discurso de Salvador Allende en la Universidad de Guadalajara. ¿Qué pasó entonces? ¿Cómo fue que la derecha logró invadir un domicilio político ajeno, instalarse allí y apropiarse de una reivindicación clásica del mundo social/comunista? Ciertamente, fueron las mutaciones teórico/políticas propias y específicas de este sector las que favorecieron esta situación. No nos engañemos; sabemos perfectamente que desde 1973 en adelante las prioridades cambiaron. Primero, desaparecieron los trabajadores, luego se esfumaron los que hablaban de, y por, los trabajadores. Incluso, en un momento de éxtasis renovador, se les acusó de anticuados y también "nostálgicos" del marxismo en su versión más eco-

nomicista y ortodoxa. Corrían los nuevos vientos libertarios, divergentes y disidentes. Las simpatías por las minorías, los excluidos y los marginados y el rechazo radical de toda normatividad de clases, de géneros o de razas, colmaron las agendas progresistas, siendo percibidas como un valioso combustible para una sensibilidad política de capa caída.

Calma. Más de algún espíritu liberal-izquierdista creerá que estamos haciendo una apología de la normatividad en desmedro de las divergencias, a las que estaríamos tratando incluso hasta con cierta violencia. Claramente no es así. Por el contrario, hay que celebrar las diferencias, todas las diferencias, pero solo hasta el punto en que nos permitan trazar convergencias proyectivas, puntos de acuerdo, lugares en común. Son estas convergencias las que incitan a escapar de los ensimismamientos (peligro real de toda defensa radical de las particularidades) y establecer coincidencias programáticas y proyectivas que nos permitan construir mayorías históricas, acceder a los aparatos de poder, y desde ellos y contra ellos, impulsar políticas emancipadoras.

DESIGUALDAD, TRAUMA DE LA DERROTA.

Chile es un país de guerra. Ya lo dijimos. Luego, otra guerra. También lo dijimos. Lo que no dijimos es que la *guerra social*, al igual que la primera, requiere de un espacio, un lugar para la confrontación. La guerra "épica" se desarrolla en los tradicionales campos de batalla: Desiertos, llanuras, campos, caminos y ciudades son algunos de sus escenarios predilectos. Pero, ¿Qué hay de la *guerra social*? ¿Cuáles son los espacios escogidos para su producción y reproducción?

Su carácter cotidiano, sigiloso, pero letal, le exige un espacio determinado para su desarrollo. Uno que le permita flagelar debidamente los cuerpos y también los espíritus. Indudablemente, durante gran parte de

la historia de Chile el escenario de la *guerra social* ha sido preferentemente uno: la hacienda.[16]

La hacienda fue el trofeo del vencedor, su derecho de conquista; su botín de guerra.

Sobre una pila de cuerpos ensangrentados, el conquistador se alzó en triunfo y declaró aquellos cuerpos y aquella tierra como suya. Luego, colmado de euforia y borracho de triunfo demarcó su espacio, delimitó sus contornos y finalmente, los cercó. Era el origen espurio del *otro* campo de batalla, para la otra guerra.

Pronto este espacio bélico mostró sus ventajas. Lejos de los centros de poder, lejos del derecho y de las leyes la hacienda se erigió como un mundo bélico encerrado en sí mismo. Un mundo donde el tiempo se paralizaba y donde la historia no tenía cabida. Inmovilidad absoluta, conservación y tradición; un estado de quietud cuyo horizonte era la mantención obsesiva de las relaciones sociales-bélicas entre vencedores y derrotados. Todos sabían cuál era su lugar exacto dentro de ella. Todos sabían cuál era su rol sobre este escenario: Nadie dudaría jamás de su posición. Lo vencedores eran los que eran, los derrotados también y así estaba escrito.

---

[16] Bengoa, José. *La comunidad perdida*. Ensayos sobre identidad y cultura: los desafíos de la modernización en Chile. Editorial Ediciones SUR, año 1996.

Amén. En el mundo hacendal las posiciones sociales son siempre sustanciales, por ningún motivo accidentales. Se nacía y moría en el mismo lugar, sin variaciones y sin sobresaltos que llamaran mucho la atención. Conservar los beneficios de esta rigidez social será la obsesión de los vencedores. Por ello, una violencia cruda se ejercía periódicamente contra los cuerpos de los derrotados. Humillaciones, vejaciones y abusos eran cosa cotidiana al interior de las haciendas. Al interior de ellas existían espacios pensados y usados exclusivamente para el castigo corporal expresado en la detención y la tortura de aquellos que osaran rebelarse contra el orden tradicional establecido. Espacios donde el terror ilustraba los alcances reales del poder. El patrón maltrata los cuerpos con furia, con rabia, con saña. Empero, su propósito exclusivo no son solo ellos sino aquellos otros que no estaban siendo castigados directamente, pero que escuchaban los gritos de dolor de sus coterráneos y luego testimoniaban sobre ellos. Es una lección, enseñar quien manda, hacerse respetar: *Imponerse frente a los vencidos.*

Hay que agregar que no todos los vencidos compartían el mismo estatus. Es que dependiendo del sexo, las consecuencias sádicas de la derrota podían multiplicarse por dos y hasta por tres. El patrón insulta, golpea y tortura, es cierto, pero también abusa y viola a las mujeres derrotadas. Es sabido que al inte-

rior de las haciendas los patrones y sus hijos solían abusar sexualmente de las inquilinas. Muchas veces, ante la mirada o la escucha impotente de madres, padres, hermanos y hermanas, los vencedores ultrajaban jóvenes invadiendo la íntima privacidad de sus cuerpos abusando de ellas con cólera, con furia, con violencia. Sin embargo, al igual que antes, su propósito inmediato no eran exclusivamente ellas -pese al evidente placer que sentían al ver afirmada y reafirmada su hombría-. Su objetivo real eran las otras, las que hacían de testigos de los gritos de dolor de sus compañeras, aquellas que estaban afuera y que ahora asumian cuál era el lugar del patrón y el suyo propio. *Dios, escúchanos, apiádate de nosotros.* Lamentablemente, Dios no escucha. Y si escucha, no interviene. La guerra sigue y se prolonga. Se suceden los siglos de despotismo sobre generaciones y más generaciones de vencidos: Dramáticamente, serán los nietos los que sufrirán hasta el final de sus vidas las consecuencias de la capitulación sufrida por sus abuelos.

A falta de Dios, algunos confiaron en el Estado. Si, el estado, y su ropaje; la república. El imperio de la ley, donde todos los hombres – no las mujeres- serian iguales, donde la libertad de otros terminaba donde comenzaba la propia. Si, el Estado, la civilización, el progreso, el fin del barbarismo y siglos de atraso. El Estado vendría a hacer justicia, él acabaría

con la *guerra social* y sus campos de batalla trayendo por fin la tan anhelada paz social:

> "La república es el sistema que hay que adoptar; ¿pero sabe cómo yo la entiendo para estos países? Un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo, y así enderezar a los ciudadanos por el camino del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente liberal, libre y lleno de ideales, donde tengan parte todos los ciudadanos"[17]

Los ideales ilustrados y el liberalismo estaban a la orden del día. *¡Igualdad, libertad, fraternidad!* fue un grito que se hizo sentir en el viejo y el nuevo continente... Aunque, en realidad, y para ser honestos, más que un grito fue un susurro débil, incluso quizás hasta menos que eso, ya que jamás se hizo sentir en la totalidad de Europa ni en la totalidad de América. Más bien fue una pequeña vocecilla encerrada entre las aisladas paredes de los salones urbanos, lejos de la realidad rural, lejos de la *guerra social*. El estado de derecho jamás llegó a las puertas de la hacienda. Este escenario bélico, enclavado en sí

---

[17] Extracto de la carta de Diego Portales a su amigo José Manuel Cea (1822). En: Silva, R. *Ideas y confesiones de Portales*. Santiago, Chile: Editorial del Pacífico, 1954.

mismo y sordo ante las transformaciones históricas, se mantuvo fiel a sus lógicas sin ceder jamás ante ningún atisbo de cambio.

Jocelyn Holt ha subrayado este punto con bastante acierto. En contra de aquellos que atribuyen la fundación del Estado y del "imperio de la ley" a Diego Portales - lo que habría minado el poder hacendal y sus relaciones sociales bélicas- en nuestro país la persistencia del orden señorial se mantuvo e incluso se acrecentó durante todo el siglo XIX.[18] Por este motivo, la idea tradicional de que partir de 1830 se habría inaugurado en Chile un Estado de derecho no es más que una quimera.

Pese a las apariencias, en nuestro país seguirían vigentes relaciones de guerra hacendales dominando, además, la vida económica, política y cultural del país. En consecuencia, Portales no sería el fundador de ningún estado de derecho fuerte y centralizado. Por el contrario, su accionar, a veces desesperado y a veces exasperado, no sería más que un *grito de debilidad*. El accionar de la maquinaria portaliana fue más testimonial que fundacional; sus esfuerzos compulsivos – pero infructuosos- por inaugurar un Estado fuerte, son un testimonio elocuente de la

---

18 Marcello Carmagnani, *Estado y sociedad en América Latina*. 1850-1930, Grijalbo, México, 1984.

persistencia de las relaciones hacendales y de la sumisión de los sectores populares a ellas:

> "En otras palabras, más importante que el estado fue la persistencia del orden social tradicional. De mas esta decirlo, pero no hubo ningún cambio social trascendente durante todo el siglo XIX, aun en un contexto de una economía en permanente expansión (…) Por lo general, la sociedad, durante el siglo XIX se mantiene rural".[19]

El siglo XIX es la centuria de las grandes revoluciones. Excepto en Chile. En nuestro país las revoluciones liberales no tuvieron eco ni fuerza suficiente como para derrumbar el edificio social construido sobre las lógicas tradicionales y señoriales. El mundo hacendal resiste y persiste durante toda esta centuria y también hasta la siguiente, y para algunos, incluso, también hasta el siglo XXI.
En Chile, hay discursos y prácticas -sobretodo prácticas- cuya fortaleza histórica es abismante. Son continuidades de largo alcance. Constantes históricas a veces en reposo y otras en ebullición, a veces visibles y otras invisibles pero, sin importar su forma, están siempre allí; presentes y por lo mismo, vigen-

---

[19] Alfredo Jocelyn Holt. *El peso de la noche.* Nuestra frágil fortaleza histórica. Santiago, año 2014. Página 53.

tes. Existen ocasiones en que estas continuidades históricas absorben incluso aquellos acontecimientos que supuestamente vienen a colocarles término. La persistencia de estas continuidades hace caso omiso a rupturas históricas e inclusive hasta revoluciones cuyo propósito es clausurarlas. Más todavía: son estas invariables históricas las que consolidan relaciones sociales de carácter bélico que saturan las memorias colectivas de recuerdos traumáticos.

Este es el caso de la hacienda. Ella, como campo de batalla de la *guerra social*, se perpetuará en el tiempo exhibiendo una vitalidad centenaria, personificando el fracaso del Estado de derecho y del "imperio de la ley". Inversamente a lo sucedido en otras partes del orbe, el Estado de naturaleza en Chile nunca desapareció. Tanto las haciendas en el mundo rural, como la proyección de la "cultura hacendal" en el mundo urbano, son la evidencia más nítida de que en nuestra sociedad aún persiste la ley del más fuerte con todos sus verticalismos asociados. Existe por tanto, una desigualdad endémica, procedente de las consecuencias de la *guerra social* y fundamentada en la persistencia de la hacienda y su cultura prolongándose hasta nuestros días. Por lo tanto, Chile no es más que un Estado de naturaleza, en el que rige la ley del más fuerte y donde las desigualdades históricas están consagradas por ello.

> "En Chile las experiencias ascéticas de parte de la clases populares sometidas a la dominación patronal por largos siglos marcó sin duda la identidad profunda de estos sectores. La hacienda como sistema jerárquico de trabajo condujo a los siervos a tener que expresarse con mucho cuidado, eran castigados si no manifestaban formalmente el respeto a las autoridades y a los patrones; en fin, fueron siglos de sometimiento. Desconfianza, rencor, temor al otro, la vista baja, son características socioculturales que se depositaron durante muchas generaciones en las capas tectónicas de gran parte de la población. La característica de estas capas tectónicas es su relativa inmovilidad." [20]

Entonces, la desigualdad como corolario de la hacienda y su cultura, es una constante en la historia de Chile. Siendo el elitismo y la marginalidad dos de sus manifestaciones más extremas. Es una estructura de largo plazo, relativamente inmóvil, que permanece en el tiempo y no varía sustantivamente. Si bien es cierto que en algunos momentos de nuestra historia reciente se llevaron a cabo esfuerzos por suprimirla, o de plano eliminarla, ella logró resistirlos. Una y otra vez se levantaron los sectores populares-igualitaristas y una y otra vez fueron diezmados. Con el avance del tiempo, la desigualdad social

---

[20] José Bengoa. *Comunidad Fragmentada.* Nación y desigualdad en Chile. Catalonia, año 2009.

no ha hecho más que aumentar: Chile actualmente lidera la lista de los países más desiguales del planeta.[21]

La lucha contra la pobreza fue una bandera flameada permanentemente por los movimientos populares. Aunque, lo que estaba bajo ella, de forma subyacente, era el combate contra el legado hacendal, siendo esta una lucha eminentemente política. No es que la lucha contra la pobreza no lo sea, pero ella puede ser enfrentada "exitosamente" con medios puramente económicos desatendiéndose de la política. Por el contrario, la lucha contra la desigualdad involucra compromisos éticos e idearios morales. En otras palabras, nociones políticas de justicia social. Desde ellas, la sensibilidad igualitarista extrae toda su potencia. Las estrategias puramente económicas no funcionan en este caso: Se puede evadir la pobreza y hasta hacerlo con cierto merito, pero ello no significa reducir o eliminar las desigualdades sociales existentes.

Por eso el gesto de indignación igualitarista es una acción plenamente política. Esto fue explícito en

---

21 El Mostrador, 22 de marzo de 2013. "Chile es el país más desigual del mundo".
http://www.elmostrador.cl/noticias/pais/2013/03/22/chile-es-el-pais-mas-desigual-del-mundo/

algunos pasajes de nuestra historia reciente, cuando los sectores populares representados por el movimiento obrero se comprometieron en una lucha sin cuartel para acabar con toda desigualdad social. Demás está decir, que en la *memoria histórico-colectiva* están muy presentes los recuerdos del igualitarismo abrazado por las antiguas generaciones. Pero, al mismo tiempo, también es un potente recuerdo la realidad -la deprimente realidad-, de la derrota constante de estos esfuerzos y las consecuencias asociadas con su fracaso.

¿Cuál fue la última y más dolorosa derrota política del igualitarismo? El Golpe de estado, por supuesto. Una acción planificada con antelación y ejecutada con pulcritud que liquidó a las vanguardias del movimiento obrero-popular, exterminando a sus mejores cuadros y destruyendo su orgánica. El terrorismo ejercido por la dictadura militar aplastó todo resabio de igualitarismo y con ello, extermino también, el ímpetu igualitarista por justicia social:

"La dictadura,
no fue un error, tiene apellidos,
como colas de rata o lagartija,
y su elenco de honor para asesinos
los regocija todavía, y dura
indefinidamente; no fue mal entendido

> sino la voluntad de pasar lija de hierro por encima de los niños"[22]

Las derrotas históricas del igualitarismo son recuerdos profundos y sumamente significativos en la memoria colectiva de los chilenos. Y por eso su evocación causa estragos considerables sobre sus disposiciones anímicas. Como consecuencia, la evocación del recuerdo de su derrota favorece la emergencia de un pesimismo político radical. Y por otra, el recuerdo de sus violentas consecuencias promueve un escepticismo conservador y/o paralizador. Es que siglos de derrotas no pasan en vano, dejan sus marcas y huellas.

Asumir el peso de esta realidad histórica nos permitirá comprender porque en pleno siglo XXI nuestra ciudadanía mira con recelo todo discurso o practica transformadora. Ante un destino percibido como inevitable –la proximidad de otra derrota política- los chilenos son embargados por el pesimismo, por el escepticismo, paralizados por la apatía y forzados a la resignación política. En este contexto, muchos ciudadanos prefieren retornar a sus lazos primordiales ocultándose en la engañosa seguridad de su vida privada, alejándose de lo público y sus lógicas. Por

---

[22] Uribe, Armando. *Entre escombros.* Antología de poesía política. Ediciones Altazor. Año 2013.

ello, también, nuestros compatriotas no simpatizan con proyectos político-sociales que exigen proyecciones utópicas fuertes, prefiriendo por el contrario, las cómodas certezas del cortoplacismo, apreciado ahora como momento a-histórico cuyo valor seria suprimir la llegada de un futuro fracaso no deseado. Y también es por ello, que ante la decisión política de continuar avanzando con un proceso moderado (pero insólito) de reformas sociales, los chilenos optaron por dar la espalda a sus antiguos afectos políticos y resignadamente adhirieron a la alternativa encabezada por los eternos vencedores en esta interminable tragedia histórica; los patrones, los vencedores, los dueños de la tierra.

La evocación del recuerdo de la desigualdad -y la lucha "estéril" contra ella- fue realizada con bastante merito por la derecha. Para conseguir sus propósitos, este esfuerzo evocativo recurrió principalmente a dos recursos discursos. Primero, la instalación de la idea de que las reformas políticas instauradas por Bachelet II conducían inexorablemente al aumento de la pobreza y la desigualdad. Esta es una política claramente intervencionista –palabra que a los economistas neoclásicos les será difícil digerir si es relacionada con su propio sector político- una forma tenue de llevar a cabo aquello que Atilio Borón ha

conceptualizado como "golpes de mercado".[23] Incluso, mientras escribimos estas páginas, la prensa nacional informa en todos sus titulares que el Banco Mundial –institución poco proclive a gobiernos reformistas- falsificó cifras económicas durante los dos gobiernos de Bachelet.[24] Ahora, pese a que el descaro de esta situación pudiese ofuscar a más de alguno, lo interesante no es ella por sí misma, sino el efecto que produce sobre la memoria histórico-colectiva. A través del intervencionismo discursivo y la falsificación de cifras económicas, se consigue relacionar –es increíble que lo hayan logrado con tanto éxito- la recurrencia histórica de la desigualdad con las formulas políticas de aquellos que luchan contra ella. Desde esta óptica, serian aquellos que de alguna u otra forma luchan contra la desigualdad los principales responsables de su incremento. Por el contrario, aquellos que históricamente la han defendido y administrado –creyendo que es el orden natural de las cosas- aparecen ahora como sus princi-

---

23 Borón, Atilio. *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires, CLACSO, 2003.

24 Vera, Angélica. 13 enero, año 2018. "Banco Mundial admite que perjudicó ranking de competitividad de Chile durante gobierno de Bachelet." La Tercera. http://www2.latercera.com/noticia/banco-mundial-admite-que-perjudico-ranking-de-competitividad-de-chile-durante-gobierno-de-bachelet/

pales detractores y adversarios. Extraordinariamente, la derecha logró instalar la tesis de que solo con un gobierno de Piñera –magnate y capitalista financiero- en nuestro país disminuirían las brechas de desigualdad. Segundo, a la par con la evocación del recuerdo de la desigualdad y la inversión de roles que esta evocación produjo, la derecha desplegó otro recurso discursivo; *el fin de los grandes relatos*. Al más puro estilo liberal, la derecha evocó el recuerdo del fracaso político de todos aquellos proyectos políticos igualitaristas, atribuyendo esa derrota a su carácter presuntamente ideológico. Desde esta lectura, la ideología igualitarista sería la única culpable de sus propias derrotas contra la desigualdad. Aquí el igualitarismo es tratado como un *velo ideológico* que oscurece la recepción de la realidad, que impide entender como "realmente funcionan las cosas" y que irremediablemente conduce al incremento de aquellos males que pretende combatir.

Esta sería la historia de la UP, específicamente. Desde la victoria de Allende –que es tratada con sumo cuidado, reconociendo siempre su "carácter romántico"- la Unidad Popular habría intentado gobernar con enunciados utópicos más que con procedimientos racionales. Este exceso de "hormonalidad ideológica" habría desencadenado una terrible crisis económica, política y moral que habría obligado a los guardianes del orden y las buenas

costumbres a intervenir. El fracaso de la UP es el fracaso de todo igualitarismo anticapitalista.
El recuerdo de la derrota política de la UP es un recurso que permite descartar estrategias anticapitalistas para la superación de un problema sempiterno en la historia de Chile. ¡*No es desde la organización y la política de los vencidos desde donde se conseguirá superar la desigualdad, sino desde el correcto funcionamiento del mercado!* –pareciera gritarnos en coro toda la derecha. Y luego, también agrega: *¿Cómo les fue la última vez que lucharon contra ellas utilizando el recetario político igualitarista? ¡Recordemos, por poner un solo caso, el desabastecimiento generalizado!*

La evocación del fracaso del gobierno de la Unidad Popular y sus consecuencias dramáticas incita que la ciudadanía desconfié –y descarte- la acción anticapitalista como medio para superar la desigualdad prefiriendo creer, por el contrario, que la solución consistiría en favorecer el "correcto" funcionamiento mercantil. O, como sucede en la mayor parte de los casos, abstenerse de creer que este problema tendrá una solución efectiva. Actualmente hay una crónica extinción de las creencias utópicas en la sociedad civil, una carencia de imaginación política y una falta de voluntad para pensar, o por lo menos vislumbrar, horizontes igualitaristas.

Quizás donde esto último se muestra con total transparencia es en la permanente referencia realizada por la derecha hacia la situación política venezolana. Esto, porque algunos liberales y conservadores sostienen que al profundizar las reformas de Bachelet II, el futuro de Chile sería similar al presente de este país. Una aguda crisis económica, acompañada de una fuerte polarización política y una "ruina moral", serian el horizonte esperado para nuestro país en caso de seguir obstinado en políticas puramente ideológicas que ya habían demostrado ser un fracaso en otros tiempos y en otros lugares. Por lo tanto, la situación actual de Venezuela sería una advertencia del incendio social que sufriría nuestro país en caso de continuar por este camino.

Sin desmerecer esta mirada, nosotros proponemos matices. La referencia discursiva hacia Venezuela no tiene como propósito exhibir a la sociedad civil lo que sería su futuro. Nada de eso. La referencia a Venezuela sería más bien una forma de evocar los recuerdos asociados con el fracaso del gobierno popular y las consecuencias derivadas de ello. En Venezuela se podría visualizar en colores y en alta definición lo que fueron los años de la Unidad Popular en Chile. Una forma efectiva de "refrescar" la memoria y recordar situaciones "olvidadas" en el tiempo. Esto, porque la derecha cree a pie juntillas que el ascenso de Bachelet II tendría relación con

un problema de memoria cívica, con una suerte de amnesia colectiva que cada cierto tiempo hace recaer a los chilenos en las garras pérfidas de la ideología igualitarista. Entonces, era primordial evocar recuerdos de tragedias pasadas. Y Venezuela era una referencia acertadísima. Incluso, la dispora venezolana residente en nuestro pais servía de testimonio corporal palpable de las consecuencias "reales" de la receta igualitaria.
Esta referencia discursiva permite evocar el drama ocurrido durante "aquellos años en que se soñó demasiado". Y con ello, sugestionar los ánimos cívicos. Lejos ya del inicial entusiasmo de comienzos de la década, la sociedad civil se resignaba ante la idea de que el propio ímpetu no es suficiente para alterar el funcionamiento de un sistema que va más allá de los entusiasmos. Y que al igual como lo ha "demostrado" Chile Vamos, todo esfuerzo transformador inevitablemente se convertirá en un trágico fracaso. Y que por lo pronto solo dos opciones aparecen en el horizonte: el afecto conservador, o la desafección política radical. Entre ellas dos fluctuó la mayoría de los ciudadanos durante las últimas elecciones presidenciales.

Rebobinemos. En primera instancia planteamos que la hacienda –y la cultura hacendal que de ella se desprende- se constituyó como el escenario bélico ne-

cesario para el desarrollo de la *guerra social* que surge inmediatamente después de terminadas las guerras "épicas" que saturan nuestros libros de historia. La persistencia histórica de este espacio es indiscutible, demostrando una vitalidad centenaria. El resultado de esta trascendencia fue la fundamentación y la consagración tanto a nivel económico, político y cultural de la desigualdad en nuestro país. Si ya la hacienda y su cultura brotaban desde la desigualdad propia de una guerra –ganadores y perdedores- su extensión histórica y su resistencia reprodujeron esas desigualdades exponencialmente.
La desigualdad como causa y efecto de la guerra y la hacienda, se presenta ante nosotros como un fenómeno social tan extenso y duradero como ellas. Sin embargo, esto último no fue un impedimento para que las víctimas de esta desgracia decidieran luchar contra ella, yendo con ello, contra una tendencia histórica prácticamente imbatible. Tristemente, estos esfuerzos resultaron infructuosos; siendo la derrota política de los movimientos populares una tendencia casi tan robusta como aquella desigualdad que combatían desde la calle, desde el parlamento y desde el ejecutivo. Fue precisamente desde este último, donde los vencidos experimentaron su capitulación más dolorosa. El Golpe de estado del año 1973, significó la derrota -¿definitiva?- de las aspiraciones igualitaristas y del anhelo cívico por justicia

social. Los resultados de esta situación son visibles en la actualidad. Los recuerdos profundos de la desigualdad, de la omnipotencia del poder de los vencedores, la fragilidad de los vencidos y de las derrotas de aquellos que desafiaron esta realidad, son potentes y significativos. Su evocación permea disposiciones anímicas–entre ellas, el pesimismo, el escepticismo, la apatía y la indiferencia- que influyen sobre las preferencias políticas de los ciudadanos. Para decirlo sin más rodeos: el voto por la derecha –por Piñera, específicamente- no es un voto militante, tampoco es un voto que conlleve una identificación fuerte, ni mucho menos un compromiso. Es un apoyo netamente electoral, siendo un efecto exclusivo de la resignación política nacida gracias a la evocación de los recuerdos profundos de la derrota política.

En todo este embrollo, la izquierda liberal brilló por su ausencia. Emborrachada por la masividad de las manifestaciones sociales desarrolladas durante los últimos años, derrochó un optimismo exacerbado que le impidió entender los efectos profundos que tuvieron las evocaciones sobre los ánimos civiles, y por ende, sobre sus preferencias políticas. Es como si la izquierda actual viviera en una especie de *apartheid*, al margen de la sociedad civil, lejos de los sectores populares que antiguamente fueran su nicho. Más que instruirse sobre los recuerdos, los miedos y

los deseos de las *grandes mayorías*, la izquierda liberal pareciera descartarlos, en favor de otro tipo de sensibilidades políticas más cercanas a las clases medias culturales y a la juventud estudiantil o profesional.
Es por ello que la sólida derrota sufrida en las últimas elecciones presidenciales le ha tomado con tanta sorpresa. Es que ella confiaba genuinamente en sus posibilidades de triunfo. No obstante, al verse truncadas sus expectativas por la realidad concreta, ella aún no ha optado por revisar sus sintonías, sus agendas, sus programas y sus proyectos. Por el contrario, ha preferido obviar la presión que ejercen los recuerdos sobre los afectos ciudadanos y más bien ha decidido lanzar epítetos zarhirientes contra todos aquellos que simpatizaron con la candidatura de Sebastián Piñera.

SUGERENCIAS PARA UNA POLITICA TRANSFORMADORA.

Lo más llamativo de la soledad política con la que Guillier asume su derrota es que ilustra bastante bien uno de los vicios más arraigados en la izquierda liberal encarnada por la Nueva Mayoría y en menor medida por el FA: *su incapacidad endémica para asumir responsabilidades por sus acciones políticas.* Esta situación ya fue observada por Zizek cuando acusa a la *New Left* de no estar dispuesta a asumir las consecuencias reales de las políticas que pretende implementar.[25] Una izquierda blanda, puramente discursiva –aunque reconozcamos, opuesta genuinamente al neoliberalismo- incapaz de asumir los resultados a veces duros y a veces difíciles de llevar a cabo sus

25 Budgen, Stanis, Zizek. *Lenin Reactivado*. Hacia una política de la verdad. Madrid, Akal, año 2010, página 23.

principios programáticos. En nuestro país, esta falta de responsabilidad (y de compromiso) se hizo evidente al concluir el balotaje: Ante la derrota inminente de "su" candidato –aunque realmente nunca fuera "uno de los suyos"- todos los líderes de partido, incluyendo parlamentarios, rostros ilustres y bases partidarias, lo abandonaron a su suerte. Nadie hizo acto de presencia y enfrentó la situación. Ninguno de los representantes de la "centro-izquierda" asumió responsabilidades concretas, ninguno se planteó pagar el precio real de los compromisos políticos establecidos de buena, mala, o muy mala gana, al inicio del proceso electoral.
Increíblemente, el único que asumió responsabilidades políticas fue el ahora estoico candidato. Quien de alguna u otra forma –no dejó de hacer hincapié en sus responsabilidades individuales, mas no en las responsabilidades colectivas del proyecto supuestamente encarnado por él- asumió el costo (individual) de la derrota y manifestó (tibiamente) la disposición de pagar el precio de ella.
Una verdadera *política de la responsabilidad*, implica ir más lejos aún, asumiendo los costos y los resultados de los afectos politicos hasta el final, incluso aunque no exista la certeza absoluta de que los principios políticos defendidos lograran efectivamente imponerse con éxito. Esta forma de entender y practicar la política, claro está, es desconocida por la izquier-

da liberal: La soledad del candidato es explicita al respecto.
Esta atmosfera de irresponsabilidad y falta de compromiso político tememos, puede empeorar todavía más. Porque una cosa es que sean los miembros "oficiales" de la izquierda liberal quienes demuestren este minúsculo grado compromiso y responsabilidad y otra, es que esta actitud traspase las estrechas barreras del pequeño teatro político del progresismo chileno y sea recepcionada, asumida, compartida e imitada por una parte considerable de la ciudadanía. Y es que muchos ciudadanos se ilusionaron con la emergencia de ciertos "movimientos sociales" pensando que estos revitalizaban una agenda social que la izquierda en su versión concertacionista había ignorado o tal vez olvidado. Parte del empuje de esos movimientos sociales –parte, no totalidad- consiguió frenar la avanzada derechista y posibilitar la asunción de un gobierno centroizquierdista que pese a las críticas –algunas bastante justificadas, por cierto- se presentaba ante nosotros como un gobierno asumidamente reformista.[26] La ciudadanía

[26] Quisiéramos aclarar este punto para no dar pie a malos entendidos. En ningún afirmaríamos que los movimientos sociales se vieron encarnados en el proyecto neo-concertacionista y que entre ambos habría una relación de identidad y reciprocidad. Por el contrario, lo que sostenemos es que los movimientos sociales crearon una "atmosfera"

adhirió al moderado programa de reformas impulsado por Bachelet II entregándole un respaldo considerable durante los primeros meses de su mandato. Incluso las demostraciones de masividad de los movimientos sociales y el apoyo ciudadano entregado al gobierno nos hicieron pensar que las relaciones de fuerza política se habían reconfigurado en favor de los ciudadanos, o que por lo menos se habían equilibrado. *Craso error.* Tristemente, durante el primer y segundo año de mandato centroizquierdista nos percatamos que ese requilibrio en la correlación de fuerzas era más bien una quimera. El poder de facto de la derecha se manifestó con fuerza, siendo los medios de comunicación su principal herramienta. Hábilmente, la derecha instaló en el país un ambiente de incertidumbre, incluso de inestabilidad. Se habló de desaceleración, recesión, inflación, desempleo, delincuencia; caos, en definitiva. Nada nuevo bajo el sol, por cierto. La contraofensiva derechista era algo esperable, casi predecible. Lo que no era tan predecible, para algunos de nosotros, fue la reacción del mundo liberal-izquierdista. Aquello que era una prueba de fuerza, se convirtió en una ofensiva unidireccional sin respuesta. Si bien es cier-

---

favorable para la construcción de reformas sociales que fue hábilmente leída -y oportunamente "representada"- por la Nueva Mayoría.

to que las consecuencias del plan de reformas del gobierno de Bachelet no produjeron los efectos esperados en el corto plazo -una probabilidad en este tipo de procesos- esto por ningún motivo justificaba la desafección, el desprendimiento político, e incluso el arrepentimiento de algunos. Al contrario, esta situación obligaba a redoblar el compromiso con los principios reivindicados, y también, reforzar una responsabilidad fundamentada en la convicción de que aquellas reformas, de alguna u otra manera, nos permitirían acceder más tarde que temprano a un esbozo de aquello que algunos conocen como bienestar social.

Irónicamente, uno de los elementos rescatables de esta situación es que de alguna manera permitió sincerar la irresponsabilidad endémica de una buena parte de la centroizquierda. No queremos extendernos sobre este punto puesto que es evidente. Solo nos limitaremos a decir que el espectáculo fue penoso y además, patético. Sin embargo, no acabó allí. Como reflejo de lo sucedido al interior de la Nueva Mayoría los ciudadanos que habían adherido y compartido el programa impulsado por esta coalición, comenzaron a imitar su comportamiento. La ciudadanía otrora centroizquierdista (Guillier no dejaba de repetirnos hasta el cansancio que Chile era un país de afectos centroizquierdistas) se desafectó de aquellos principios antes compartidos y que apa-

rentemente el programa de reformas representaba. La ciudadanía no estuvo dispuesta a asumir la responsabilidad ni tampoco las consecuencias de la instalación de reformas mínimas que nos permitieran pensar, imaginar, o por lo menos ingenuamente soñar, con algún atisbo de justicia social expresada en derechos sociales consagrados por ley y validados colectivamente. La sociedad civil, actuando en coherencia con el sector político que la representaba, se desatendió de las dificultades del proceso tomando distancia de sus antiguos afectos políticos.

Las irresponsabilidades de los políticos "profesionales" no son de extrañar. La falta de compromiso, las volteretas y el oportunismo son cosa de cada día, prácticas habituales en las esferas del poder. Ya otros han reflexionado sobre ello[27]. Por lo tanto, no fue nuestro interés escribir sobre un escenario tantas veces repetido, tantas veces conocido y tantas veces explicado. Por el contrario, lo que hicimos aquí fue desplazar la atención hacia la misma ciudadanía, conocer sus actitudes iniciales y las finales, divagar sobre sus afecciones y desafecciones, indagar –y al mismo tiempo comentar- las causas que tuvo para desafectarse de un proceso político que aparentemente ella misma impulsó, pero que no estuvo dis-

---

[27] Salazar Gabriel. *La enervante levedad histórica de la clase política civil chilena*. Chile, 1900-1973. Debate, Santiago, 2015.

puesta a respaldar cuando tuvo la ocasión de hacerlo. ¿Por qué la ciudadanía actuó así? ¿Por qué los ciudadanos otrora proclives a las demandas sociales no se hacían responsables por sus adhesiones? ¿Por qué la ciudadanía se desafectó de un proceso que ella misma apoyó? ¿Por qué, a la postre, la ciudadanía reveló su debil compromiso político con aquellos principios que aparentemente el programa moderado de reformas de Bachelet II encarnaba? ¿Por qué el giro ciudadano hacia la opción derechista?

No hemos sido los primeros en intentar entregar una explicación a estas preguntas. Ya otros lo han hecho y con bastante mérito. Tanto las interpretaciones electoralistas como las socioculturales han entregado argumentaciones bastante plausibles. Pese a ello, nuestra peculiaridad consiste en proponer una tercera interpretación. Es así como hemos traído a la palestra la importancia de la evocación de los recuerdos profundos de los ciudadanos para la constitución de sus estados de ánimos y sus preferencias políticas. Esto nos ha obligado a recorrer la memoria ciudadana dando cuenta de los recuerdos más significativos almacenados en ella. Efectivamente, en momentos en que aún se digiere la derrota, tratamos de dar cuenta de aquello que no es puramente racional, de aquellas pulsiones irracionales, aparentemente insignificantes, pero que tienen una

relevancia central a la hora de explicar las afecciones políticas.

¿Cuál ha sido el propósito que ha dirigido este empeño? Ningún otro que instalar en el debate público el rol que han tenido los miedos y los deseos de la sociedad civil anclados en sus recuerdos profundos y los efectos políticos que ha conllevado su evocación. Se pretende complementar las respuestas entregadas por ciertos círculos izquierdistas o centroizquierdistas que han simplificado o vulgarizado las explicaciones de esta situación. Luego de la derrota política –y es de esperar que esto continúe por un tiempo más o menos prolongado- las explicaciones al interior del progresismo han fluctuando entre un electoralismo simplista que critica la falta de carisma y capacidad comunicativa del excandidato oficialista y un socioculturalismo determinista y despectivo.

Desde el enfoque electoralista, el progresismo ha criticado la performance electoral de Guillier al mismo tiempo que ha reivindicado el carisma de Beatriz Sánchez confiando que con ello será suficiente para revertir la avanzada derechista. Ciertamente, esta estrategia puede tener cierta razón. Pero, como ya lo sabía Maquiavelo, la obtención del poder eso solo el primer paso, incluso hasta el más simple para *E príncipe*, siendo su mantención e incremento una cuestión mucho más compleja. Al

confiar desmesuradamente en las habilidades blandas de Sánchez, la izquierda liberal apuesta bien por la recuperación del poder, pero al desconocer –y no intervenir- la memoria histórico-colectiva, es probable que durante el proceso se encuentre con las mismas adversidades enfrentadas por el gobierno de Bachelet II y que por ello su victoria sea pírrica.

A la par de la versión progresista del electoralismo, encontramos la adaptación izquierdista de la explicación sociocultural. Esta adaptación vulgariza los argumentos entregados por sociólogos e historiadores, culpando a la sociedad civil por los efectos políticos de la evocación derechista. ¿Qué podemos sacar en limpio de esta versión izquierdista del socioculturalismo? Varias cosas: Que la culpa de la derrota política seria de los ciudadanos convertidos en *fachos pobres* los mismos que siendo parte de los sectores populares votarían por la alternativa derechista, confiados en que ello les permitía cierto ascenso social. Que el *facho pobre* vendría siendo la encarnación del "homo neoliberal" desmoralizado por el individualismo, el consumismo y el hedonismo. Que lejos de la organización popular, sindical o política, el *facho pobre* buscaría mejorar sus condiciones de existencia apelando al servilismo y beneficiándose del clientelismo. Que para el *facho pobre*, la calidad de vida se mide exclusivamente por la cantidad de veces en las que desliza su tarjeta de crédito.

Que él compartiría la ideología del capitalismo tardío y buscaría sin descanso los medios para cumplir sus dictámenes. Y que por todo esto, votaría por Piñera y por la derecha. Porque ellos hablan sus mismos códigos, comparten su mismo lenguaje. Más trabajo, más consumo y más seguridad. Él no sería más que un guardián del modelo. Sin conciencia de clase, no sería más que un esbirro a los servicios del gran capital.

Contra estas interpretaciones que, o no pueden mirar más allá de lo evidente (los resultados electorales) o que suelen culpar a los ciudadanos por contextos del que ellos son más bien el resultado, nosotros proponemos una mirada distinta. Para nosotros es esencial conocer los recuerdos profundos de la ciudadanía, saber cuáles han sido sus vivencias, sus dolores y sus tormentos. Entender que en nuestro país las pobrezas han sido extremas, brutales y que cualquier mejora -por tibia que sea- es percibida como un progreso que debe ser cuidado y defendido. Y qué decir de la evocación de las desigualdades y la lucha "infecunda" para erradicarlas que favorecen la emergencia de una ciudadanía escéptica y pesimista, incapaz de asumir compromisos políticos y hacerse cargo de las consecuencias de sus afectos, y que por ello, al final del día, cambia resignadamente esos afectos hacia la derecha, o por el contrario, se excluye de la política. Porque la política es derro-

ta, y por lo mismo, preocupación infructuosa. Una y otra vez sus bisabuelos, abuelos y padres se levantaron y una tras otra vez fueron derrotados y aniquilados.

Entonces, nos sentimos autorizados a esbozar ciertas sugerencias –que seguramente no serán tomadas en cuenta- para que los esfuerzos reformistas y transformadores no vuelvan a estrellarse otra vez contra el mismo muro. La primera de ellas, sería redescubrir la esfera económica y sus reivindicaciones específicas. El viejo marxismo no se cansaba de repetirlo, desde sus versiones más ortodoxas hasta aquellas más "sofisticadas"; en primera o última instancia la estructura económica es determinante. Hay que regresar a ella y empaparnos con el barro infraestructural. Es que hemos pasado demasiado tiempo perdidos en esferas puramente culturales. Si algo se evidenció las últimas elecciones presidenciales, es que las reivindicaciones económicas son todavía determinantes. Solo un ejemplo: actualmente la sociedad civil vislumbra en el aumento de la empleabilidad una oportunidad para superar la pobreza, y por ello, está dispuesta a apoyar a la derecha. Por lo mismo, debemos recuperar esta demanda y entroncarla con nuestro programa y nuestro proyecto aunque teniendo sumo cuidado en no perder el verdadero horizonte. La segunda sugerencia sería la prudencia. Hay que evitar el optimismo exacerbado,

entender que contextos como el nuestro son poco propensos a políticas transformadoras. El gradualismo político es la forma de acción política más efectiva. Tercera sugerencia; desarrollar esfuerzos políticos reales para crear convergencias. Las divergencias deben ser atendidas, pero solo en la medida en que permitan establecer puntos de encuentro entre ellas y constituir mayorías históricas que permitan acceder, mantener y acrecentar el poder. Una política transformadora requiere del convencimiento y la venia de las mayorías y acceder a ellas solo será posible desde la coincidencia y no desde la disidencia. Encontrar puntos en común será una tarea primordial para la izquierda si es que tiene interés en volver a gobernar.

Por último, pero no menos importante, conocer los miedos y los anhelos de estas mayorías, asumir su vigencia, su fortaleza histórica, su efectividad y trabajar consistentemente sobre sus causas y sus efectos.

Solo superará la historia aquel que comprenda cuantas veces ella lo ha superado.

EPÍLOGO.

En momentos en que recién se comienza a digerir la nueva situación política, hemos querido entregar al público lector una interpretación más sobre lo acaecido. Y lo hemos hecho a través de un ensayo asumidamente divulgativo. No hemos querido saturar el texto con referencias y citas, respaldando cada palabra dicha con la autoridad de otros. No nos interesa crear este tipo de efectos, más bien desconfiamos de ellos. Por lo mismo, tampoco hemos colmado este texto con divagaciones eruditas o pretendidamente expertas, ni tampoco hemos estimado necesario agotar más tinta de la que hemos agotado en estas páginas. Nuestro estilo de escritura es directo. Sin rodeos. Sin ambages. Sin formulaciones innecesarias y farragosas. Finalmente, hemos buscado –probablemente no lo hayamos logrado- emplear un léxico accesible a todo público, lejos de las jeringon-

zas academicistas tan en boga en nuestros días. Este libro dice lo que dice y no más. No hay dobles intenciones, ni mensajes ocultos en él. Dar cuenta de la vigencia de los recuerdos asociados con experiencias traumáticas de nuestra historia, que al ser evocados incitan disposiciones anímicas que condicionan las simpatías políticas, fue nuestro propósito exclusivo. No hubo más pretensiones que esa.

Nuestro objetivo fue aportar al debate político del progresismo, instalando otras interpretaciones políticas en la discusión que se viene. Al mismo tiempo, el sentido que orienta este esfuerzo y su propósito, es un poco más profundo; favorecer el reencuentro entre una sensibilidad política específica y aquellos sectores que antiguamente fueron representados por ella. Establecer convergencias, puntos de encuentro y lugares en común que nos permitan volver a reconocernos, hablar el mismo idioma y juntos compartir el mismo horizonte utópico.

Los años que siguen serán duros, difíciles, y muchas veces decepcionantes. Reconstruir una alternativa emancipadora respaldada por la convergencia de una mayoría histórica no será una tarea fácil, menos en un escenario tan adverso como el que nos espera. Pese a ello, no hay que olvidar dos cosas: la primera, es que la política es el arte de lo imposible. Volver lo imposible en posible es parte de su esencia. El verdadero momento político consiste en conseguir que

la imposibilidad se vuelva realidad tangible. La segunda, y no menos importante, es que no debemos olvidar que cuando todo bajo el cielo es completo caos y oscuridad, la oportunidad es perfecta.

Valparaiso, 2018.

Recuerdos traumáticos de un pueblo surgido de la guerra, maltrato histórico arraigado en el ADN de una población que prefiere un empresario en el poder que el caminar por un incierto camino de reformas sociales urgentes y necesarias. El autor de este agradable libro, utilizando este y otros argumentos, nos entrega una tercera mirada a la derrota de la izquierda en las últimas elecciones presidenciales, llamando acertadamente a este libro *Recuerdos Profundos*.

